

Queremos editar *Cien cartas de Lorenzo Milani para su centenario* y os las presentamos

Trasfondo de un pedagogo, cura y maestro

J.L. Corzo

En estas cien cartas destacan enseguida varios rasgos esenciales:

1º) su defensa absoluta de la propia conciencia, por la que no solo defendió la objeción antimilitar, sino también la civil y educativa.

“Hay que tener el valor de decir a los jóvenes que todos son soberanos, que para ellos **la obediencia ya no es una virtud, sino la más sutil de las tentaciones**, que no crean poderse escurar con ella ni ante los hombres ni ante Dios, y que debe sentirse cada uno el único responsable de todo (...) Si no podemos salvar la humanidad nos salvaremos al menos el alma” (A los Jueces 18.10.1965, TO I 939).

2º) su atención radical al entorno – de circunstancias próximas o hechos históricos – con los que guiar su vida personal ¡y su escuela! Este rasgo es clave para conectar la escuela con la vida real sin evadirse con programas rígidos. Y en lo religioso le libró de una fe añadida a lo mundano, como tantos exhiben, en vez de *una forma de ser y de vivir*. ¡Cuánto hubiera gozado al leer en Bonhoeffer “solo viviendo la vida de este mundo es como aprendemos a creer”! A eso sabe su propia teología y eso impregna su tensión con la jerarquía de la Iglesia.

A un primo suyo en Estados Unidos, que huyó del antisemitismo fascista y, luego, temía el avance del partido comunista en Italia, (con solo 24 años) le escribió:

“Combatir contra el comunismo me parecería oponerme a la historia, que es como rebelarse contra Dios, porque es Él quien la dibuja. Pero con esto no soy comunista, como Jeremías no era sincretista [durante el exilio en Babilonia], ni san Gregorio paganizante [ante la llegada de los bárbaros]. No soy más que uno que espera. Espero que actúe Dios, que dibuje Dios. Atento, por si acaso su dibujo tuerce hacia la izquierda, por ejemplo, y estar preparado a lanzarme en ayuda de su encarnación

también ahí, como ha sabido encarnarse en todas las civilizaciones, naciones, tiempos, climas, sistemas. Babilonios, germanos y bolcheviques, tres feroces destructores de tres grandes civilizaciones, parecían a primera vista las fuerzas del mal, desencadenadas por el Enemigo para destruir la Ciudad de Dios y, sin embargo, mirándolo bien, no han sido más que el adorable, previsor y liberador dedo de Dios” (26.12.1947 a C. Weiss, TO II 109).



Así le explicaba a su madre hebrea no practicante su trabajo sacerdotal (con 26 años):

“Yo no me siento sereno más que si estoy siempre *entonado* con cualquier circunstancia; es decir, cuando mi pensamiento o actividad no *desentonan* con nada que pueda suceder a otros. Dejé de pintar *solo por esto* [...] Entonces me alegro por mi Dios que, por fin, me ha dado un oficio con el que poder

divertirme tanto sin *desclasarme* jamás ni siquiera un instante” (29.8.1949, TO II 135).

Y, cuando (a los 31) le arrancaban de su parroquia e intenso trabajo durante 7 años en San Donato:

“Tienes que comprender que un San Donato disputado no me dice nada hoy y, mañana, no sería más que un continuo tormento interior y un litigio externo con los curas. No te lo puedo explicar todo, pero te aseguro que sin esta premisa fundamental de estar en el lugar que nos han puesto las circunstancias – y no en el elegido – no se puede plantear *religiosamente* nada: desde las mayores decisiones a los detalles más pequeños de la vida diaria interior y



exterior” (AM 16.9.1954, TO II 316).

Tres años después dijo al amigo cura que le preguntaba si guiarse o no por el director espiritual:

“Solo le obedezco si su palabra está en condiciones de ser una de las muchas circunstancias de la vida sobre las que únicamente me suelo dirigir” (a don E. Palombo 7.1.1957, TO II 477).

Tras prohibir el Vaticano la venta de sus *Experiencias pastorales* (con 35 años) a uno empeñado en imitar su primera escuela parroquial le dijo:

“Es un error partir ya con una decisión tomada, pues te recortas tu propio horizonte y se te escapan infinidad de enseñanzas de la vida que, de haber mantenido los ojos abiertos, no se te hubieran escapado, sino ayudado a afinar el objetivo y a construirte tú mismo y tu propia actividad *a medida*; a la medida exacta de las necesidades del lugar y el momento [...] Sin venda en los ojos, sigo atento a cuanto sucede en cada instante a mi alrededor y, luego, encuentro la vía para no caer ni en las diversiones ni asociaciones [parroquiales]... Así pues, solo te aconsejo que mires a tu alrededor durante años y que, más que enseñar, preguntes. Poco a poco te nacerá después entre las manos lo necesario” (a G. Salsoti 5.9.1958, TO II 535).

En su última carta autógrafa conocida (un par de meses antes de morir) decía al pequeño de los dos hermanos Gesualdi, que vivían con él en Barbiana:

“No es como tú crees, que yo razone sobre los hechos y tome mis decisiones. Más bien trato de leer en los hechos las indicaciones de Dios sobre cómo debo vivir” (a Francuccio 10.4.1967, TO II 1364).

3º) su enorme pasión por el amor concreto, no universal, que une lo humano y lo divino:

Esta coda final de su testamento lo deja bien claro:

“Querido Michele, querido Francuccio, queridos chicos: no es verdad que no tengo deudas con vosotros. ¡Lo he escrito para dar fuerza al asunto! Os he querido más a vosotros que a Dios, pero tengo esperanza en que Él no esté atento a estas sutilezas y lo escriba todo a su cuenta. Otro abrazo, vuestro Lorenzo” (1.3.1966, TO II 1250).

4º) su descubrimiento y opción por los pobres y excluidos (tan ajenos de su mundo familiar).

Bastan pocas citas:

A sus 30 años apoyaba la lucha obrera contra la industria florentina, pero al amigo magistrado le confesó:

“He leído la carta de Costa [gran industrial] a La Pira [alcalde católico de Florencia]; me ha conmovido mucho y he llegado a la conclusión de que Costa tiene razón cuando muestra que él puede enviar las bombonas a la fábrica Pignone y quitárselas a otra industria y así reírse de cualquier otra acción audaz de los cristianos, es decir, de quienes no quieren decidirse a ponerle una carga de dinamita en el trasero. Estando así las cosas, es más sabio reducir los términos a una sola y simplicísima elección: o con Dios contra los pobres o sin Dios con los pobres. Y habiendo yo elegido estar con Dios y con su Iglesia no queda más que rezar por los pobres que pisoteamos y tratar de confesarse a menudo para estar dispuestos al severo castigo de Dios, que no tardará en venir a indicarnos el camino” (a G. Meucci, 24.4.1954, TO II 303).

Recién llegado a Barbiana (con 31 años) escribió a su hermana Elena:

“Ya veo que te molesta que lo lleve todo a su significado u origen clasista. No lo haría si no pensara en serio que para resolver verdaderamente cualquier problema te bastaría con saltarte la barricada. Puede naturalmente que yo esté completamente equivocado; ya te lo diré cuando me dé cuenta. Por ahora no puedo hacer otra cosa que decirte lo que hoy ven mis ojos: que el problema de sí mismo es una enfermedad solo de señores (de dinero o instrucción da igual) y que basta vivir un año en el corazón de un pobre para curarse” (a Elena Milani, 9.2.1955, TO II 336).

De hecho, los pobres fueron su opción decisiva, como expresó a un escolapio:

“Si me hicieran dar escuela a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede dar escuela sin amar y no se puede amar a un muchacho sin amar a su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no se debe amar. Por lo tanto, es preciso objetar antes de enamorarse del primer muchachito hijo de ricos.

De tal forma estoy convencido de esto que le digo que consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veinte años a los hijos de los ricos y no se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre los hijos de los pobres y no se hubiese alistado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el

quinto mandamiento” (a F. Scarsella 18.11.1965, TO II 1204).

5º) su pedagogía y sus métodos, elaborados a medida de sus dos escuelas, la nocturna de Calenzano con jóvenes obreros (1947-1954) y la de Barbiana, con chavales de montaña, hasta morir en 1967.

Sin entrar en técnicas concretas (diseminadas en más de 30 cartas: *escritura colectiva, lectura del periódico en clase, entrevistas a huéspedes, viajes* etc. etc.) así describió con 28 años su primera *escuela popular* en la que quitó el crucifijo para que cupieran todos. A un amigo magistrado:

“Es la pupila derecha de mi ojo derecho. Ha funcionado 4 años y este continúa incluso en verano porque nos vemos los viernes. Nació como escuela y lo ha sido hasta hace poco. Ahora ha llegado a ser algo más. Una especie de empresa, una sociedad de mutuo encomio, un partido, una comunidad religiosa, una logia masónica, un prostíbulo, un cenáculo de apóstoles. Bueno, no me sale describirtela bien. Algo de todo esto y nada de todo esto.

De visita han ido unos 60, pero fidelísimos tal vez una docena. El más pequeño tiene 15 ó 16 años; el más viejo 25; los demás, unos 19. Todos obreros o campesinos e inscritos en partidos y sindicatos diversos. Algunos vienen desde la orilla política más alejada y otros todavía vienen de la otra” (A G. Meucci, 25.6.1951 TO II 207).

Y, más tarde, ya desde Barbiana (con 31), le cuenta su talismán didáctico fundamental, el lenguaje:

“Dad vida a una grandiosa escuela popular en Florencia. No como un regalo para los pobres, sino como una deuda que pagar y un regalo que recibir. No para enseñar, sino solo para dar a los pobres los medios técnicos necesarios (es decir, la lengua) para que ellos puedan enseñaros a vosotros las inagotables riquezas de equilibrio, sabiduría, concreción, religiosidad potencial, concreción cultural, que Dios ha escondido en su corazón, casi para compensarlos de la desigualdad cultural de que son víctimas.

Evidentemente la escuela estará dedicada a Sócrates y no al Sagrado Corazón, precisamente como homenaje a la capitulación ante los nuevos elegidos de la cultura y del tipo de catolicismo imperante. Así que no les entregaremos las cosas

que hemos construido y que se están cayendo por todas partes, sino sólo las herramientas del oficio (esto es, ante todo la lengua, las lenguas, etc.) para que ellos construyan cosas completamente diferentes de las nuestras, y no bajo nuestro alto patronazgo ni paternal complacencia” (a G. Meucci 2.3.1955, TO II 349).

En aquella aldea de la sierra Milani pedía (ya casi con 41) poder usar el microbús escolar de su Ayuntamiento matriz (Vicchio):

“Deseo mandar a 9 de mis chicos más pequeños a un viaje escolar por Francia unos *quince* días (...) Sería para mí un gran ahorro y mayor seguridad poder mandarlos en uno de los microbuses que durante *180 días* han servido a sus paisanos de igual edad. Me permito adjuntar este *pro memoria* de nuestros títulos para dicha petición (...) La escuela privada de Barbiana, absolutamente gratuita y abierta a todos, con clase 11 horas diarias y 365 días al año, ha sido durante 5 años (1957-61) la única escuela secundaria de este Ayuntamiento (...) Hasta hoy es la única escuela del Ayuntamiento que enseña algo tras la Secundaria obligatoria (curso de dibujo mecánico aprobado por el Consorcio para la enseñanza Técnica y curso libre de lenguas modernas). Hoy todavía es un bien para ese Ayuntamiento que exista esta escuela que le desgrava de la obligación de proveer con trasportes, aulas, calefacción, alquiler, luz y vigilancia a 25 chicos. Sin hablar de la mayor asistencia completa: 4000 horas al año frente a vuestras 600...” (al alcalde de Vicchio 15.5.1964, TO II 1011).

Cuesta comprender la austeridad y el *tiempo pleno* de Barbiana:

“Dice Vd. que soy feroz con ellos, pero créame que esta no es época para no serlo. Sus hermanitos y hermanitas menores hace un mes que llevan una vida muy sacrificada en los campos y establos. Mis seis alumnos no pueden convertirse en señoritos que estudian y tienen vacaciones mientras que no las tienen sus hermanitos pequeños que trabajan. Poder estudiar no es un sacrificio, es una gracia y hay que pagarla más cara que el coste de trabajar en el campo. Si no, la escuela corrompe y crea presumidos pretenciosos y viciados (...) Yo no he sido quien ha traído la austeridad a Barbiana. Solo intento mantener la austeridad de vida de mis estudiantes a la

altura de los campesinos entre los que viven y de cuya fatiga disfrutan los frutos. Y con toda mi ferocidad no lo logro ni de lejos. Mis martirizados estudiantillos son objeto de envidia y celos de los chavales de todo el pueblo. No puedo consultar los manuales de pedagogía para ajustar el horario de Giancarlo (13 años) cuando a las 5 de la mañana he visto a su hermanita Luciana (9 años) vaciar el estiércol de la cuadra, sola y con una carretilla mayor que ella, mientras Luciano (su gemelo) ya estaba a esa hora en el campo segando el trigo desde hacía una hora...” (a don R. Bensi 14.7.1958 TO II 509).

Al mayor de los Gesualdi, que desde Alemania y Milán le escribía poco y con críticas, le escribió:

“Tú podrías ayudarme a estar al día, a hacer una escuela cada vez más adherente a la realidad (y no por ello de menor altura idealista) (...) Esta noche, no pudiendo dormir por la tos, he pensado de repente que era maravilloso ver brotar de mi escuela un retoño vigoroso y diferente, repleto de celos secretos y con infinidad de ideales comunes conmigo, más la infinidad de secretos suyos que no reparte con nadie, ni siquiera con el hermano cura padre que soy yo para él. Que era maravilloso, de viejo, recibir un palo de un hijo, como señal de que tal hijo ya es un hombre y ya no tiene necesidad de niñera; y aquí está el fin último de cualquier escuela: sacar adelante hijos más grandes que ella, tan grandes que se puedan burlar. Sólo entonces la vida de esa escuela o de ese maestro alcanza su cumplimiento y en el mundo hay progreso” (a Michele Gesualdi 15.12.1963, TO II 966).

¡Buena lectura de estas 100 maravillosas cartas más que pedagógicas!

